

mañana comunistas. Cualquiera que sea el nombre con que pretendan retardar la propiedad privada de tales recursos, en el fondo de sus pretensiones lo que hay es estupidez. Así discurre el liberto cuando ensaya su condenación contra los espíritus libres que se agrupan heroicamente para que un país no sucumba. No puede el liberto sentir los beneficios de la libertad. Para él el látigo es el bien más grande que puede ceñir las carnes del hombre. El látigo gana batallas, es cierto. Pero son las batallas en que unos miserables esclavos enfilan a sus hijos creyéndolos limpios de la indignidad de la esclavitud. Las batallas reales, las que ganan aquellos que se arman para limpiar a la patria de los bastardos, esas batallas sólo las ganan las almas libres. Para dar estas batallas debemos prepararnos.

En la narración de Herodoto encuentra el espíritu libre una enseñanza para la meditación continua. Veamos en ella al país nuestro y cuidémonos de que se extermine el esclavo de los Escitas, ese

esclavo con apariencias de hombre libre. Abundante es la prole en éste como en todos nuestros países. El látigo es el secreto para descubrirle su tara siniestra. Apliquémoselo sin misericordia para que doblegue sus impetus y osadías. No es natural que siga posesionado de sitios que no debe guardar, porque no es hombre de vigilancia. Su vista es corta y no llega a la distancia en que se sitúan las grandes tempestades que arrojan la vida independiente de un país. Es apocado de conciencia y vacila y se entrega dando paso a la conquista de afuera y de adentro. Es menguado y torvo. Es veleidoso y cambia de parecer aunque cometa una perfidia.

Volvemos, ya para dar fin a esta *Estampa*, al leer su comienzo y encontramos que en el cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo, esta bien señalada la atadura que mantiene esclavo al ser humano a una tiniebla invencible. Contra los ojos injertados y contra las taras de los libertos hay que dar una batalla sangrienta y sin paralelo.

Juan del Camino

Cartago y Junio, de 1931

Persiflage

Cuidado se sacrifica otro Solón

— Colaboración directa —

Para el bachiller don Luis Carballo, por el recuerdo que guardo de ciertos versos suyos, y porque, pues estudiaba leyes en los ratos que le deja libres la dirección del comunismo, tal vez quiera estudiar las de Solón.

Nuestra generación lectora de almanaques sabrá sólo, si acaso eso, la falsa leyenda de la visita de Solón a Cresos, y nada más del ilustre ateniense. La leyenda, digo, está comprobada falsa. Pero es verosímil que Solón le haya dicho al multimillonario oriental, que a ningún hombre puede llamarse feliz antes de muerto. Los que no son lectores de almanaques dicen, con demasiado fervor, que leen a Carlos Marx. Porque leen a Carlos Marx, alegan que no quieren leer libros antiguos, ni ocuparse de los antiguos. Les oímos declamar descantando acerca de la libertad, y a pesar verlos encadenados como están a una noción iliberal del tiempo. Solón es contemporáneo nuestro, viéndolo bien. Carlos Marx y sus barbas, son, en cambio, vetusteces. En Rusia, pongo por ejemplo, se está palpablemente más cerca del gran arconte ateniense que del economista romántico alemán. Convergamos siquiera en una cosa: en que Marx contempló teorías, Solón se las vió con realidades. Las teorías ya las hicieron a un lado los rusos, y es con realidades con lo que están luchando. Y las realidades tienen, o parecen tener, la peculiaridad muy notable de asemejarse grandemente. Se ha llegado a temer que Stalin llame trono a la silla de su escritorio y corona a la gorra de astracán con que se abriga de los rigores del frío moscovita. No conozco a Stalin. Pero desde mi cuartucho de maestro en Heredia, rodeado de mis libros viejos, veo cerca a Solón y recuerdo que lo mismo se llegó a decir de él. Solón y

Stalin me parecen de una misma cepa. Solón rehusó corona y trono, y prefirió ejercer la dictadura, hasta que, cosechando descontento, abandonó su patria y viajó. Stalin no necesita ser czar: le basta con ser lo que es, superdictador; y será lo que es hasta que le llegue la hora de descansar viajando. No se me negará que hay hombres que se parecen.

De Solón sé lo que dicen Gilbert, y Busolt; lo que han dicho Androcio, y Aristóteles, y Plutarco. ¡Qué figura tan trágica la suya! Desde luego que, de la tragedia, tenemos todavía un concepto demasiado romántico los de las generaciones actuales. Los que leen almanaques recitan a la manera de Ricardo Calvo; los que leen a Carlos Marx se entusiasman con la Comuna de París. Hay que tener un sentido más antiguo, más hondo, más humano, más seguro, más matemático, en una palabra, de la tragedia, para comprender lo trágico de la figura de Solón. A pocos hombres les ha sido dado poder para rehacer su mundo. Stalin tiene ese poder. Solón lo tuvo. Basta considerar con ojos de adulto, que no con las pupilas encantadas de los niños, las tremendas fuerzas inanimadas entre las cuales nuestro mundo mantiene un inquietísimo equilibrio, para que nos demos cuenta de que la escena es de tragedia. La escena en que aparece la figura de Solón nos la describe Plutarco en trazo magistral de sobriedad y sugestión: "Entonces fue también—dice—cuando la disensión entre los pobres y los ricos llegó a lo sumo, poniendo a la ciudad (Atenas) en una situación su-

mamente delicada; tanto, que parecía que sólo podía volver de la turbación a la tranquilidad y al sosiego por medio de la dominación de uno solo: porque el pueblo todo era deudor esclavizado a los ricos; pues o cultivaban para éstos, pagándoles el sexto, por lo que les llamaban *partisextos* y jornaleros; o tomando prestado sobre las personas, quedaban sujetos a los logreros, unos sirviéndoles, y otros siendo vendidos como de condición de forastero. Muchos había que se veían precisados a vender a sus hijos, pues no había ley que lo prohibiera, o abandonar la patria por la dureza de los acreedores. La mayor parte y los más robustos se sublevaban, y se exhortaban unos a otros a no mirar con indiferencia semejantes vejaciones; sino más bien elegir un caudillo de su confianza, sacar de angustia a los que estaban ya citados por sus deudas, obligar a que se hiciera nuevo repartimiento de tierras, y mudar enteramente de Gobierno." Esto sería en el tercer año de la olimpiada 46, es decir, en el 594 antes de Nuestro Señor Jesucristo. Diógenes Laercio da esa fecha, basándose en el testimonio de Sosícrates de Rodas, que Aristóteles confirma. ¡Contad si habrán pasado siglos! Y sin embargo, al leer el bien redondeado párrafo del más popular de los biógrafos de Solón, me parece que se describe no el pasado de un pueblo abolido hace mucho tiempo sino el futuro muy cercano de este pueblo en que vivimos.

"Fancias de Lesbos—relata adelante Plutarco—escribe que Solón, con la mira de salvar la patria, usó de artificio con unos y otros prometiendo a los pobres repartimiento de las tierras, y a los ricos la estabilidad de sus créditos; pero el mismo Solón dice que al principio puso con repugnancia mano en el gobierno, por temer la avaricia de los unos y la insolencia de los otros." Así comienza la tragedia.

El nombre de Solón figura entre los de los siete sabios de Grecia, pero no por su labor económica, ni por su obra política, sino por haber escrito poesía amatoria en su juventud, patriótica en su madurez y didáctica en su ancianidad. La *Seisachtheia* no le acarreó más que disgustos con el mundo de afuera y preocupaciones de su propia conciencia. En qué consistía la *Seisachtheia*, no lo sabemos con exactitud. La aristotélica *Constitución de Atenas* dice que fué «la cancelación de todas las deudas públicas y privadas." Androcio, escritor anterior a la época de Aristóteles, había dicho, sin embargo, que sólo había sido una reducción de los intereses que devengaban las deudas, y el abaratamiento de la moneda. Busolt y Gilbert sostienen que todas las deudas fueron canceladas. La definición de términos resulta tan difícil respecto de la Grecia del siglo 6to. a. C. como respecto de la Rusia actual. *Seisachtheia* significa, haya sido lo que fuere, "quitarse la carga sacudiéndose," esto es, un movimiento de hombros cansados. El comunismo es eso.

Hay que sacudirse los hombros, para arrojar la carga. Lo malo es tanto menear los labios. Hay que saber qué hacer precisamente con las deudas públicas y